

CARTA SOBRE UNA NUEVA REFUTACIÓN  
DEL «DISCOURS»

HECHA POR UN ACADÉMICO DE DIJÓN

Acabo, señor, de ver un folleto intitulado *Discurso que ha obtenido el premio de la Academia de Dijón en 1750, etc., acompañado de la refutación de este discurso, por un académico de Dijón que le ha negado su voto* (60), y pienso, recorriendo este escrito, que en vez de rebajarse hasta ser editor de mi trabajo, el académico que le negó su sufragio, habría debido publicar la obra á que se lo había otorgado, lo cual hubiera sido un buen modo de refutar la mía.

He aquí, pues, á uno de mis jueces que no se desdena de convertirse en mi adversario y que encuentra muy mal que sus colegas me hayan honrado con el premio; confieso que también yo me admiré, pues si había tratado de merecerlo, no había hecho nada para conseguirlo. Además, aunque supiese que las academias no adoptan los pareceres de los autores que galardonan, y que el premio se concede, no al que se cree que ha sostenido la mejor causa, sino al que la ha expuesto mejor: aun suponiéndome en este caso, me hallaba bien lejos de esperar de una academia esta imparcialidad de que los sabios no se vanaglorian en

modo alguno cuando se trata de sus intereses.

Pero si me sorprendió la equidad de mis jueces, confieso que no me sorprendió menos la indiscreción de mis adversarios: ¿cómo se atreven á demostrar públicamente su negro humor por el honor que he recibido? ¿Cómo no reconocen el mal irreparable que hacen con esto á su propia causa? No se lisonjeen de que nadie desconozca el asunto de su disgusto: no es porque mi disertación esté mal hecha por lo que les molesta verla premiada, pues se premian diariamente otras tan malas ó peores y no dicen palabra: es por otra razón que toca más de cerca á su oficio y que no es difícil advertir. Sabía yo que las ciencias corrompen las costumbres, hacen á los hombres injustos y envidiosos, y los llevan á sacrificarlo todo á su interés y á su vanagloria; pero había creído asimismo que eso se hacía con un poco más de decencia y de destreza; suponía que las gentes de letras hablaban sin cesar de equidad, de moderación, de virtud, y que, bajo la salvaguardia sagrada de estas hermosas palabras, se entregaban impunemente á sus pasiones y á sus vicios; pero jamás hubiera creído que tuviesen valor para reprobear públicamente la imparcialidad de sus colegas. Por lo demás, siempre constituye la gloria de los jueces pronunciar sentencia según la equidad y contra su propio interés; á las ciencias sólo pertenece conseguir que aquellos que las cultivan hagan un crimen de su integridad: ¡he aquí verdaderamente un hermoso privilegio que ellas tienen!

Me atrevo á decirlo: la Academia de Dijón, haciendo mucho por mi gloria, ha hecho mucho por

la suya: llegará un día en que los adversarios de mi causa sacarán ventaja de este juicio para probar que la cultura de las letras puede asociarse con la equidad y el desinterés. Entonces los partidarios de la verdad les responderán: «He aquí un ejemplo particular que parece hecho en contra nuestra; pero acordaos del escándalo que este juicio causó en aquella sazón entre la multitud de las gentes de letras y de la manera que tuvieron de quejarse, y sacad de ahí una justa consecuencia de sus máximas.»

No es, á mi entender, menor imprudencia quejarse de que la Academia haya propuesto este asunto como problema que debía resolverse. Dejo aparte la poca verosimilitud que había en que, dado el universal entusiasmo que reina hoy en el mundo por las artes y las ciencias, uno tuviera el valor de renunciar voluntariamente al premio, declarándose por la negativa; pero yo no sé cómo los filósofos se atreven á encontrar mal que se les ofrezcan caminos de discusión: ¡bello amor á la verdad aquel que teme se examine el pro y el contra! En las investigaciones de filosofía, el mejor medio de hacer un modo de pensar sospechoso, es excluir el modo de pensar contrario; mas quien así se revele como hombre de mala fe, desconfíe de la bondad de su causa. Toda Francia será en espectación ante el estudio que llevará este año el premio de la Academia Francesa: no solamente desvanecerá la doctrina del mío, lo que no será difícil, sino que no se podría dudar de que será una obra maestra. Sin embargo, ¿qué importará eso para la solución de la cuestión? Nada en

absoluto, porque cada uno dirá, después de haberlo leído: «Este discurso es bastante hermoso, pero si el autor hubiese tenido libertad para emitir el parecer contrario, tal vez lo hubiera hecho más hermoso.»

He recorrido la nueva refutación, porque es todavía una, y no sé por qué fatalidad los escritos de mis adversarios, que llevan este título tan decisivo, son siempre aquellos en que soy peor refutado. He leído pues, esta refutación, sin sentir el menor arrepentimiento por la resolución que he tomado de no responder á nadie: me contentaré con citar un solo pasaje por el que el lector podrá juzgar si tengo razón ó no: hélo aquí: «Convendré en que se puede ser hombre honrado sin talento; pero ¿no se ha comprometido uno con la sociedad más que á ser hombre honrado? ¿Y qué es un hombre honrado ignorante y sin talento? Un fardo inútil, una carga para la tierra», etc. No responderé á un autor capaz de escribir de este modo, pero creo que puede darme por ello las gracias.

No habría medio, á menos de querer ser tan difuso como el autor, de responder á la numerosa colección de los pasajes latinos, de los versos de Lafontaine, de Boileau, de Molière, de Voiture, de Regnard, de Gresset, ni á la historia de Nemrod, ni á la de los aldeanos picardos; pues ¿qué va á decirse á un filósofo que nos asegura que quiere mal á los ignorantes, porque su colono de Picardía, que no es un doctor, le paga exactamente, en verdad, pero no le da bastante dinero por su tierra? El autor se ocupa tanto de sus tierras que me habla hasta de la mía. ¡Una tierra mía, la tierra de

Juan Jacobo Rousseau! En verdad, le aconsejo que me calumnie (61) con más destreza.

Si tuviera que responder á alguna parte de la refutación, sería á los personalismos de que está llena, pero como no atañen en nada á la cuestión, no me apartaré de la constante máxima que he seguido siempre de encerrarme en el asunto que trato, sin mezclar en él nada de personal; el verdadero respeto que debo al público, es ahorrarle, no tristes verdades, que puedan serle útiles, sino todas las pequeñas disputas de autores (62), de que se llenan los escritos polémicos, y que no son buenos más que para satisfacer una vergonzosa animosidad. Se pretende que yo haya tomado de Clénard (63) una palabra de Cicerón: sea; que he cometido solecismos: sea también enhorabuena; que cultivo las bellas letras y la música, apesar de lo mal que pienso de estas cosas: convendré en ello, si se quiere; debo llevar á una edad más razonable el cuidado de los entretenimientos de mi juventud. Pero, en fin, ¿qué importa todo eso al público y á la causa de las ciencias? Rousseau puede hablar mal el francés, sin que la gramática sea por ello más útil á la virtud. Juan Jacobo puede tener una mala conducta, sin que la de los sabios sea mejor. He aquí toda la respuesta que yo daría, y creo que todas las que debo dar á la nueva refutación.

Acabaré esta carta y todo lo que tengo que decir sobre un asunto por tanto tiempo debatido, con un consejo á mis adversarios, consejo que despreciarán seguramente, y que, no obstante, sería más ventajoso que lo que ellos pudieran pensar al par-

tido que quieren defender: es el de no escuchar de tal manera la voz de su celo, que descuiden consultar sus fuerzas y *quid valeant humeri*. Me dirán, sin duda, que hubiera debido tomar este consejo para mí, y ello puede ser cierto; pero hay al menos una diferencia, es á saber: que yo estoy sólo en mi partido, mientras que, estando en el de la multitud, los recién llegados se hallan dispensados de ponerse en sus lugares ú obligados á hacer las cosas mejor que los otros.

Temiendo que este consejo parezca temerario ó presuntuoso, traigo aquí una muestra de las razones de mis adversarios, por la que se podrá juzgar de la justicia y de la fuerza de sus críticas. «Los pueblos de Europa, he dicho, vivían hace algunos siglos en un estado peor que la ignorancia; no sé qué jerga científica, más despreciable todavía que ella, había usurpado el nombre del saber y oponía á su retorno un obstáculo casi invencible: se necesitaba una revolución para volver á los hombres al sentido común». Los pueblos habían perdido el sentido común, no porque fuesen ignorantes, sino porque tenían la tontería de creer que sabían algo con las grandes palabras de Aristóteles y la impertinente doctrina de Raimundo Lulio; era preciso una revolución para enseñarles que no sabían nada, y tendremos gran necesidad de otra para enseñarnos la misma verdad. Véase ahora el argumento de mis adversarios: «Esta revolución es debida á las letras, pues ellas nos han vuelto al sentido común, por confesión del autor; pero también, según él, han corrompido las costumbres: es preciso, pues, que un pueblo

renuncie al sentido común para tener buenas costumbres.» Tres escritores, uno en pos de otro, han repetido este razonamiento: ahora les pregunto qué prefieren que acuse: ó á su espíritu de no haber podido penetrar el sentido muy claro de este pasaje, ó á su mala fe de haber fingido no entenderlo. Son gentes de letras, así que su elección no será dudosa. Pero ¿qué diremos de las sabrosas interpretaciones que plugo á este último adversario prestar á la figura de mi frontispicio? Creería injuriar á los lectores y tratarles como á niños, interpretándoles una alegoría tan clara; y diciéndoles que la llama de *Prometeo* es la de las ciencias, hecha para animar á los grandes genios; que el sátiro que viendo el fuego por primera vez corre á él, y quiere abrazarlo, representa á los hombres vulgares que seducidos por el brillo de las letras se entregan indiscretamente al estudio; que el númen que grita y les advierte del peligro, es el ciudadano de Ginebra. Esta alegoría es justa, bella, y aun me atrevo á creerla sublime. ¿Qué debe pensarse de un escritor que la ha meditado y que no ha conseguido entenderla? Puede creerse que este hombre no hubiera sido un gran doctor entre los egipcios, sus amigos.

Me tomo, pues, la libertad de proponer á mis adversarios, y, sobre todo, al último, esta sabia lección de un filósofo sobre otro asunto: «Sabed que no hay objeciones que puedan hacer tanto mal á vuestro partido como las malas respuestas; sabed que, si no habéis dicho nada que valga, se envilecerá vuestra causa, haciéndoos el honor de creer que no había sobre ella nada mejor que decir» (64)